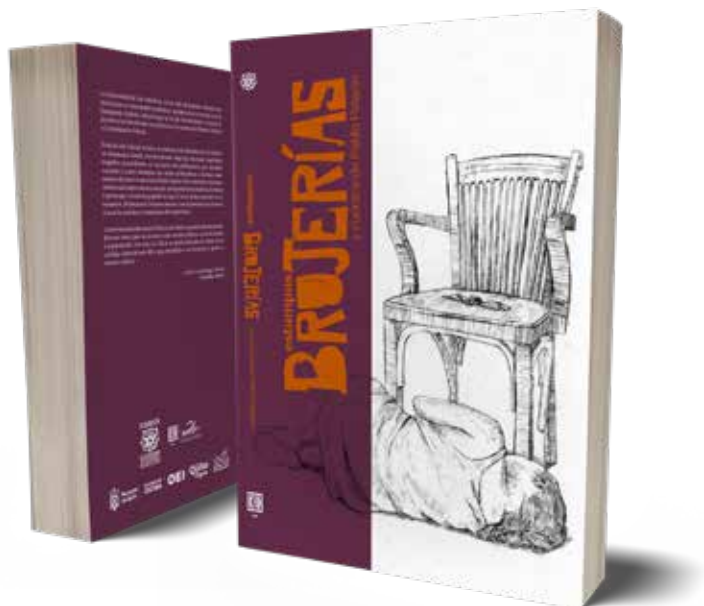




Palacio, suscitador de estampas

UDLA Ediciones publicó un libro con grabados inspirados en los célebres cuentos del escritor ecuatoriano

Los talleres de grabado Estampería Quiteña y aLfaRa StuDio, de Salamanca, se reunieron en un proyecto artístico alrededor de ocho cuentos de Pablo Palacio, con el fin de propiciar la creación de ilustraciones y obras gráficas a partir de la lectura y el análisis literario. Así, entre 2020 y 2022 (con la pandemia obstaculizando el intercambio) se realizaron las residencias creativas que implicaron la visita y el diálogo de artistas de ambos talleres, nutriendo mutuamente las perspectivas para verter las

evocaciones literarias en el lenguaje gráfico del grabado.

También participó, para enriquecer el trabajo de los talleristas, el artista colombiano Pedro Villalba Ospina, quien dedicara una importante parte de su vida al desarrollo de 180 grabados al aguafuerte para ilustrar *Cien años de soledad*, de García Márquez, en una exquisita edición de bibliófilo de la novela publicada en 2017.

Como resultado de dicho proyecto, en un libro-objeto que aparece gracias al trabajo de UDLA Ediciones, se presentó en meses pasados el libro *Brujerías*, que reúne estampas de veintidós artistas (de Ecuador, España y Colombia) junto con los cuentos de Palacio que inspiraron las ilustraciones. El título del libro proviene de dos de los textos que más impresiones suscitaron en los artistas, junto con otros como «La doble y única mujer», «El antropófago», «Un hombre muerto a puntapiés», «Las mujeres miran las estrellas», y más.

Dulce Pérez, la directora de aLfaRa StuDio, menciona en la presentación del proyecto: «El grabado es una disciplina artística emocionante, quizá porque aúna la bidimensionalidad del papel con la tridimensionalidad de

las incisiones. La delicadeza del pincel resbalando por el lienzo nunca podrá tener la misma fuerza que la energía que emana de cada trazo de una estampa; es la presión de la gubia rayando la madera, de la punta incidiendo en el cobre, del ácido corroyendo el metal. Es la presión de los cilindros del tórculo que introduce la tinta en cada minúsculo punto. Y, por fin, la emoción al levantar el lienzo y descubrir con sorpresa el resultado de la estampa. La vieja controversia del espejo, la duda de si es o no verdad el reflejo de una imagen, todo eso está encerrado en cada estampa. Porque un grabador trabaja con imágenes especulares y continuamente





resuelve la duda del espejo para nosotros, espectadores atónitos de la obra».

El libro además trae una reflexión de Jorge Izquierdo Salvador (conocido escritor, y decano de Formación General de la Universidad de Las Américas) que resalta las experiencias colectivas en los procesos de creación, alrededor de la obra de Palacio. Para ello, invita al lector a situarse en el agitado y multiforme contexto de los años 20 del siglo pasado, cuando estos cuentos que ahora son hitos y pretextos literarios, emergían en medio de otro tipo de dinámicas sociales, culturales y de pensamiento: «No debemos separar a las “obras maestras” de Palacio, o de ningún

otro artista, de su experiencia colectiva inicial, del intercambio de ideas múltiples que las hicieron viables, ni de la acumulación de propuestas con las que se disputaron un espacio propio. Todo cuenta. Todo suma. Vale la pena quedarse con la noción de que “Un hombre muerto a puntapiés”, quizás el cuento corto más famoso de nuestra literatura, apareció enmarcado entre poemas de Alfredo Gangotena y Jaime Rival, entre reseñas de la obra de Camilo Egas enviadas desde París, entre caricaturas de Latorre, una propaganda de una carilla entera de The Tesalia Springs Company S.A. y una página de anuncios más pequeños, entre los cuales constan el de

un comerciante de bienes raíces, el de una peluquería, el de una relojería y una de los Tripes Nacionales de la Fábrica Ambato. Si bien Pablo Palacio ha recibido el título de ser uno de los principales vanguardistas del continente, no hay que perder de vista, como se ha hecho con entusiasmo recientemente, que esas vanguardias, en su época, eran un fenómeno diverso, no unívoco. Verdaderamente, hay que hacer el esfuerzo de imaginar a los jóvenes quiteños de la ruptura de los años veinte. Vestidos con elegancia, caminando en grupos pequeños por las calles estrechas de la vieja ciudad colonial. Entrando a un lugar para beber lo que hubiera disponible. Unos músicos por ahí tocaban pasillos tristes, y aunque hubieran estado acostumbrados a esa música y se supieran las letras, incluso, uno del grupo habrá preferido escuchar jazz y alguien más, del mismo grupo, le habrá tildado de pequeñoburgués, agringado o alienado (no con esas palabras precisamente). Al día siguiente se podían invertir estos roles. El espíritu de la época estaba al alcance de quien lo quisiera tomar en sus manos».

La académica Sonia Kraemer, en el estudio curatorial

que consta en el libro, reflexiona sobre el punto en común a donde convergen los textos de Palacio y las estampas que recoge el proyecto: «A lo largo de la historia de la literatura y el arte, la brujería y la magia, los personajes extraños, los monstruos han cautivado la imaginación de los creadores. Los fenómenos complejos, que salen de lo normativo, de lo aceptable socialmente, han llenado miles de páginas desde la *Celestina* hasta *Harry Potter*, y han sido representados un sinnúmero de veces en la iconografía artística. La rareza o monstruosidad, la enfermedad mental es la normalidad; llama la atención quien no tiene ninguna extravagancia». Y recuerda finalmente esa provocadora máxima del escritor lojano: «el cuentista es otro maniático. Todos somos maniáticos; los que no, son animales raros».

Esta reedición de ciertos cuentos de Palacio, además del atractivo de las estampas ilustradas, es una nueva constatación de que la creatividad tiene sus propios mecanismos para provocar ecos a través del tiempo y entablando productivos intercambios de subjetividades, trasladando las emociones y las ideas de un lenguaje a otro. 